

Piedra, papel o tijera: el juego del lenguaje en los tiempos del sexo casual¹

Forma de citar este artículo en APA:

Bedoya García, T., Cárdenas Chaverra, C., Monsalve Granda, A. y Castaño Orrego, M. I. (2015). Piedra, papel o tijera: el juego del lenguaje en los tiempos del sexo casual. *Revista Poiésis*, 30, 163-171.

Tatiana Bedoya García²,
Camilo Cárdenas Chaverra³,
Alexander Monsalve Granda⁴,
María Isabel Castaño Orrego⁵

Resumen

En la contemporaneidad la sexualidad es abordada de formas diferentes, a como se hacía anteriormente, aunque la forma de vivirla no difiere tan radicalmente a como se cree, puesto que cargamos con el peso de la historia que nos precede. Al hablar de la sexualidad, es necesario tener en cuenta las lógicas del lenguaje, bajo las cuales se desenvuelve el ser humano, tanto colectiva como individualmente, al igual que aquella herencia histórica que nos marca y define las pautas por las que nos regimos al momento de interactuar con el otro.

Palabras clave

Sexualidad, Lenguaje, Interpretación, Posmodernidad.

1 Texto leído en el marco de la versión XXXI de la lectura de ensayos de estudiantes, graduados y docentes de la Facultad de Psicología y Ciencias Sociales de la Fundación Universitaria Luis Amigó. El presente ejercicio escritural se enmarca en el curso electivo "Voz, Palabra y Escritura", orientado por el docente investigador Alexander Rodríguez Bustamante.

2 Estudiante del Programa de Psicología de la Funlam, octavo semestre.

3 Estudiante del Programa de Psicología de la Funlam, octavo semestre.

4 Estudiante del Programa de Psicología de la Funlam, octavo semestre.

5 Estudiante del Programa de Psicología de la Funlam, octavo semestre.

La sexualidad ha sido un tema abordado desde distintas perspectivas, según la época histórica; por tanto, ha cambiado la forma de entenderla y vivirla. En el presente trabajo, no entraremos a ver cuáles han sido, a lo largo de la historia, aquellas perspectivas de las que hablamos, sino más bien, deseamos hablar del fenómeno de la interpretación del lenguaje que surge alrededor de la sexualidad en estos tiempos posmodernos.

En este sentido, invitamos al lector a que, por su propia cuenta, y si así lo desea, haga una búsqueda bibliográfica que pueda ilustrarle sobre los cambios que se han vivido históricamente, con respecto a la forma en que, como sociedad, hemos entendido este fenómeno.

En tiempos posmodernos, en donde la sexualidad ya no es un asunto exclusivo de la alcoba ni de los matrimonios, sino de lugares y parejas un poco menos *convencionales*, hemos de echar mano a herramientas diferentes para comprender este cambio, y que esta empresa no se convierta en algo complicado; por tanto, en un intento de entender la relación que tiene el lenguaje con la sexualidad, nos hemos servido de las teorías Wittgensteinianas, que nos han aportado conocimiento acerca de las diversas interpretaciones subjetivas, que pueden hacerse de aquellas conversaciones que sirven de antesala a un encuentro sexual.

Y es que no solamente hablamos de las palabras usadas y cómo se usan, también hablamos de las miradas, el roce de una mano, todas aquellas manifestaciones corporales, que aunque no nos detenemos a analizar separadamente, las entendemos en conjunto y son procesadas como una invitación -o un rechazo-, a nuestras intenciones; la pregunta es entonces ¿por qué difieren las interpretaciones de una misma expresión, escuchada en tantas ocasiones anteriormente, o un simple gesto?, y es que varía no solamente la forma en que interpretamos lo que se nos muestra; algo que habíamos creído *leer* correctamente en el pasado, ahora no tiene el mismo significado, y es entonces cuando dos subjetividades se entrecruzan, porque aquello que creía que el otro me mostraba no coincidía con lo que éste pretendía.

Piedra, papel o tijera.

Para entender un poco sobre los juegos del lenguaje en el sexo casual recurrimos a la teoría Wittgensteiniana planteada en sus *Investigaciones filosóficas*, sobre el uso que se hace de los términos en el lenguaje. López (2012), menciona que Wittgenstein considera que el significado de un término depende del uso que a éste se le da en determinado lenguaje, y que los juegos de lenguaje son, precisamente, las distintas formas en que se emplea cada término. Aquellos juegos lingüísticos tienen, así como cualquier otro juego, unas reglas determinadas bajo las cuales opera.

Entendemos que las interpretaciones que se producen en la comunicación, son resultado del seguimiento de aquellas reglas ya establecidas, y que los errores que se presentan podrían ser producto, ya sea de la multiplicidad de juegos lingüísticos existentes, y por consiguiente de que ambos interlocutores estén inscritos en algunos de éstos, o de aquello de lo que nos habla López (2012):

Para Wittgenstein, un hecho de fundamental importancia es que todos establecemos reglas y una técnica para un juego, y seguimos efectivamente esas reglas; pero las cosas no siempre van de acuerdo al supuesto que nos asegura la regla. Nos enredamos en nuestras propias reglas. (p. 127).

¿Y cómo se producen aquellas reglas de las que hablamos?, aunque ya mencionamos que existen, no solamente un juego de lenguaje, sino varios, esto no quiere decir que cada juego lingüístico sea producto de un proceso únicamente subjetivo, sino por el contrario, de una serie de acuerdos realizados con el otro con el que me comunico. El lenguaje para Wittgenstein no es un lenguaje privado, es un lenguaje social, producto del encuentro diario con el otro. Así las cosas, López (2012), afirma que la imposibilidad del lenguaje privado reside:

En la tesis de los juegos del lenguaje, en la suma de juegos que están inmersos en el uso del mismo, que están regidos cada uno por sus propias reglas las cuales no son en ningún caso privadas, puesto que el único criterio con el que nos enteramos que seguimos correctamente la regla radica en el uso habitual: porque su uso y los juegos pertenecen a una colectividad y nunca a un individuo solo. (p. 133).

Con respecto al lenguaje privado, Wittgenstein (1988) nos dice:

Supongamos que cada uno tuviera una caja y dentro hubiera algo que llamamos «escarabajo». Nadie puede mirar en la caja de otro; y cada uno dice que él sabe lo que es un escarabajo sólo por la vista de su escarabajo. (p. 245).

Según lo anterior, nadie puede conocer cuál es la percepción subjetiva que tiene cada individuo sobre cierto concepto, y que finalmente, sólo se conoce el significado de dicho concepto gracias a que, en favor de nuestra comunicación, hemos llegado a un acuerdo acerca de éste.

Así mismo, Wittgenstein aplica su ejemplo del escarabajo al concepto de *dolor*; no podemos relacionar nuestra experiencia propia de dolor con el concepto, puesto que éste sólo tendrá validez cuando se usa como convención social, es decir cuando se habla del concepto de dolor, producto de un acuerdo colectivo (Gamero, 2015).

Tiempos del sexo casual

Otrora, se pensaba en la sexualidad como un asunto puramente biológico, y que por tanto, ésta se encontraba condicionada únicamente por lo anatómico. Sin embargo, a través de la historia se ha descubierto, y analizado, que la sexualidad humana no opera bajo las mismas lógicas que la sexualidad animal.

Se ha reconocido que nuestra sexualidad no se encuentra determinada por la posesión de genitales masculinos o femeninos, pues la elección de una posición sexual depende de muchas otras situaciones que no son físicas. Esto no quiere decir que lo anatómico no haga parte de esta elección, sino que no es determinante; hacen parte también de ésta, factores psíquicos y culturales, que influyen en el sujeto al momento de elegir una posición ante su sexualidad.

Para Freud (1972) “la persona de la cual parte la atracción sexual se le denomina *objeto sexual* y el acto hacia el cual impulsa el instinto, se denomina *fin sexual*” (p. 8). No es desconocido el hecho de que el *fin sexual* de los seres humanos no sea la reproducción, no es negado que el placer sea el fin más común ante este hecho que es inherente a nosotros; y mucho menos, que el *objeto sexual*, (aunque aún hay discusiones morales sobre esto), sea diferente al del sexo opuesto.

Hasta inicios del siglo XVII, los cuerpos se exhibían y las prácticas sexuales se realizaban sin mayores restricciones; pero aparece la época victoriana, un tiempo de cambio en las preocupaciones políticas y en las sensibilizaciones culturales. Es un momento en que “la sexualidad es cuidadosamente encerrada. *Se muda* [cursivas añadidas]” (Foucault, 1998, p. 6).

Sólo hay lugar para el acto sexual en la privacidad de la cama de los padres, y la *decencia de las palabras* es lo que viene a primar en el lenguaje de la sociedad. Es donde la sexualidad no sólo no existe, sino que no debe existir, debe desaparecer cualquier manifestación -actos o *palabras*- (Foucault, 1998); es decir, tiempo de represión para todo aquel que quiera llamarse decente. Quien no, puede irse con su escándalo a otra parte: prostituta y enfermo mental serán sus nombres.

Ahora estamos en el siglo XXI, caracterizado por su avance tecnológico, expansión de conocimientos, globalización -cada vez se está más cerca del otro-; hablar de sexo se supone que no es un problema, de hecho, hay cierto placer al hacerlo. Esto es lo que Foucault (1998) llama “*El beneficio del locutor*”:

Si el sexo está reprimido, es decir, destinado a la prohibición, a la inexistencia y al mutismo, el solo hecho de hablar de él, y de hablar de su represión, posee como un aire de transgresión deliberada. Quien usa ese lenguaje hasta cierto punto se coloca fuera del poder; hace tambalearse la ley; anticipa, aunque sea poco, la libertad futura. De ahí esa solemnidad con la que hoy se habla del sexo. (p. 7).

Para Foucault hubo una aceleración discursiva sobre el sexo. Pero es claro que no solamente ha sido discursiva, sino también una aceleración en los actos sexuales que no tienen que responder a una relación formal, como era ley en la época victoriana. Ahora bien, para nadie es un secreto que las relaciones sexuales no son propias del matrimonio ni siquiera de relaciones de noviazgo, sino que es conocida la existencia de las relaciones de sexo casual.

En una investigación realizada por Wentland y Reissing (2011), que tenía como objetivo examinar cualitativamente las relaciones de sexo casual, se muestra que no solamente existe un tipo, sino cuatro tipos de relaciones de sexo casual, las cuales interactúan de modos diferentes. Formas complejas de relaciones de sexo sin compromiso que varían en participación emocional y sexual, y van desde un solo encuentro, a una continua amistad que incluye el componente sexual.

Las relaciones de sexo casual, que tienen como característica el encuentro de una sola noche entre dos desconocidos, difieren entre los otros tipos de relaciones de sexo casual, por el hecho de que solamente se han visto esa vez, y no tienen la intención de volverse a encontrar. Puede decirse entonces que, se asemeja a la actividad sexual que tienen los animales, pero anteriormente hemos hecho la aclaración de la diferencia entre la actividad sexual humana y la animal; la elección de objeto y fin sexual, es parte del determinante humano que difiere de los animales.

Ahora, aunque en la contemporaneidad es distinto el acercamiento sexual, a la época victoriana, y haya un acelere, tanto en lo discursivo como en el acto sexual, nos queda como herencia el recato que antecede la actividad sexual.

Es cierto que nos sentimos *libres* por el hecho de tener relaciones de sexo casual (solamente una noche), con una persona desconocida. Sin embargo, recae sobre nosotros esa herencia de la época victoriana, con la que, por medio de nuestro lenguaje corporal y discursivo, intentamos de forma implícita tener este tipo de relaciones.

Así, por medio de una situación, que es para muchos común, trataremos de dilucidar un poco estos juegos del lenguaje que menciona Wittgenstein, teniendo en cuenta también el lenguaje corporal, y por supuesto, esta herencia de la época victoriana anteriormente mencionada.

El juego del lenguaje en los tiempos del sexo casual

En medio del ruido de la música y las conversaciones, su amiga le advierte que alguien la observa hace un rato; ella voltea a ver y él está ahí, mirándola fijamente, le dedica una mirada fugaz, algo picaresca y comienza a jugar con su cabello, se sonríe con su amiga y lo mira de nuevo.

Al preguntarnos por la causa de su acción, es decir, el de jugar con su cabello, ésta puede atribuirse a un juego de rol desde su posición femenina; esta acción se debe a los roles de género impuestos por la sociedad con respecto al *deber ser*. Esto es importante en el lenguaje seductor por las maneras *correctas* e *incorrectas* de abordar a alguien con intenciones de seducirlo, las cuales cambian dependiendo de si se trata de un hombre o una mujer, o bien, dependiendo de la posición en la que se encuentre el sujeto con respecto al otro, es decir en este caso, si es quien corteja o si es el cortejado.

Igualmente, podemos inferir que ella hace algo para contribuir con esta comunicación no verbal, aunque sea de un modo breve. Ahora bien, si ella está interesada, ¿por qué asume una postura tan pasiva?, Martínez (2009) menciona:

Según Kaufman, el rol masculino se reafirma en la construcción patriarcal donde el hombre debe ser varón: pene: poder: activo: masculino, mientras que la otra parte de la ecuación del lenguaje inconsciente en la sociedad patriarcal es hembra: castrada: pasiva: femenina. (p. 40).

Él continúa mirándola fijamente desde su lejana mesa y hace un gesto con su rostro invitándole a compartir un trago, toma su copa, se la enseña y le sonríe gentilmente. Sin embargo, ella baja la mirada y quiere comunicarle con su cuerpo que no está realmente interesada, pero lo está.

Existe aquí una paradoja interesante: la chica está interesada, y de manera sutil muestra su interés al aceptarle la mirada, pero al mismo tiempo intenta demostrar desinterés. Martínez (2009), en su análisis de un cuento sobre seducción, explica cómo funciona esta aparente contradicción. Pero antes de explicar el mecanismo mencionado, según la autora, consideramos necesario entender su uso del término *chica fácil*:

En este marco, una “chica fácil”, como expresión popular, se asocia evidentemente con la mala mujer. Es aquella que vive su sexualidad libremente y eso la ha convertido en una especie de marginada social, que no podrá aspirar a una vida “decente” junto a un marido que la “respete” y “proteja”. (Martínez, 2009, p. 40).

Es evidente entonces, que la expresión *chica fácil* puede resultar ser un adjetivo indeseable dentro de la sociedad. Aclarado el uso de la expresión mencionada, veamos pues su opinión acerca de la paradoja en cuestión:

Del mismo modo, connota el encuentro sexual en donde la mujer debe tener, dentro del modelo patriarcal, una actitud de pudor, vergüenza y pasividad, pero sobre todo, de resistencia ante el hombre que, del otro lado del espectro es aquel cuyos impulsos y deseos sexuales son incontrolables. La “fácil”, evidentemente, mostrará una actitud absolutamente opuesta, pero aquello que la hará acreedora del adjetivo, es que, al igual que el hombre, tiene también un deseo incontrolable y por eso accede a la relación sexual de manera abierta y libre. (Martínez, 2009, p. 41).

Así, el mostrar una actitud opuesta a sus verdaderas intenciones resulta tremendamente útil en la interacción con el otro en el juego de la seducción, siendo fácil, mientras se hace la difícil.

Al pasar algunos minutos vuelve a mirarlo, intenta nuevamente hacer contacto visual con aquel joven que tan apuesto le resulta, cuando esto ocurre, se levanta de su asiento y se dirige a la barra, esperando que él la siga, lo cual él hace. Al llegar a la barra, ella se inclina sobre ésta invitándole a que la observe, pues ella conoce bien su atractivo. Mientras él camina hacia ella, admira su sensualidad, su ropa, sus gestos, la curvatura de su trasero debajo de ese vestido rojo.

"Dos cervezas, por favor", le dice Vanessa al bartender; mientras espera, se ruboriza un poco al saber que aquel hombre está al lado suyo, observándola fijamente.

La coquetería les permite a ambos dar a conocer sus intenciones al otro, el contacto visual, es quizás el más importante componente del lenguaje no verbal para poder obtener lo que se desea: el encuentro sexual. Es allí donde reside la invitación a hacerlo. Ella con sus miradas le invita, le alerta, y al saberse victoriosa se ruboriza, sabe que, aunque tiene lo que desea esto le genera algo de nerviosismo, vemos de nuevo la influencia de aquella herencia mencionada anteriormente.

Al recibir los tragos, él extiende su mano y toma uno de ellos, aprovechando así para rozar la suave mano de aquella mujer de tez pálida y labios rosa.

– *Gracias –dice Alejandro sonriéndole coquetamente.*

Ella retrocede mientras se burla de su particular intento por tratar de iniciar la conversación.

– No hay problema. – se sienta en la barra.

– Mucho gusto, Alejandro ¿y cómo te llamas? –le responde él mientras extiende su mano

– Vanessa – dice ella al corresponder a su gesto seguido de un largo sorbo de cerveza.

Mientras el oro líquido recorre su garganta, Vanessa aspira el aroma de Alejandro, un aroma dulce e incitante que aumenta su interés.

– Parece que tienes sed – comenta él, mientras admira la curvatura de sus largas piernas –
¿O es que estás nerviosa?

Ella suelta una carcajada mientras levanta su ceja en señal de desagrado.

– ¿Qué te causa tanta gracia? – le pregunta Alejandro.

– No es nada, veo que vienes con varios amigos, ¿están celebrando algo? – pregunta señalando la mesa de la esquina.

– No, solamente queríamos relajarnos un rato, – responde Alejandro – ¿y cuál de ustedes es la cumpleañera?

– Yo ¿te nos unes? – Le dice sonriendo.

—Pues si me vas a dejar celebrarlo con vos, preferiría que fuera solamente entre los dos, de hecho yo vivo cerca.

Vanessa lo mira fijamente a los ojos con picardía, y esbozando una sonrisa seductora le dice:
—Espérame afuera, voy por mis cosas.

Podemos observar en la situación, un claro ejemplo de uno de aquellos encuentros casuales sobre los cuales hemos estado hablando a lo largo de este artículo, vemos entonces que tanto el final de la situación es claro para el lector, como las intenciones de los personajes están claras entre ellos. Esto se debe precisamente, a lo que Wittgenstein postula acerca de que el lenguaje no es un asunto privado, sino que tiene lugar en lo social (Gamero, 2015). Es pues el resultado de una serie de convenciones sociales, en donde, gracias a la interacción de los sujetos, se llega a un acuerdo sobre cuál es el significado de determinadas palabras, frases, e incluso reacciones físicas.

Es evidente, entonces, que aquellas conductas fruto de dichas convenciones sociales que tienen lugar en la contemporaneidad, como antesala de un encuentro sexual casual, son consecuencia del peso de la historia que nos precede, es decir, que aquellas restricciones sociales que tuvieron lugar en la época victoriana, con respecto a la sexualidad, aún hoy influyen fuertemente en nuestro comportamiento.

Foucault (1998), al hablar del beneficio del locutor, expresa claramente que la forma de referirnos a la sexualidad es consecuencia del deseo que existe por liberarnos de aquella represión pasada (p. 7); sin embargo, esto no nos concede dicha libertad, puesto que aquellos juegos del lenguaje, en los cuales nos encontramos inscritos, y por tanto son producto de la socialización, se encuentran influenciados por la moral, y es esto lo que no nos permite desligarnos de aquella opresión latente.

Entonces pues, si deseamos liberarnos de aquella represión antes mencionada, ¿por qué no usamos un lenguaje más directo?, como aquel lenguaje usado por Sade en sus obras, con el deseo de desligarse de la opresión que en cuyo momento era ejercida por la iglesia católica. Tal vez sea porque, aunque al leerle, esto genere cierto placer inconsciente, tal agresividad sigue siendo rechazada por la influencia de las normas morales que se nos han inculcado, y desprendernos de esto no es fácil empresa.

Jóvenes doncellas, durante tanto tiempo atadas por los lazos absurdos y peligrosos de una virtud imaginaria y de una religión repugnante: imitad a la ardiente Eugenia; destruid, pisotead con su misma ligereza todos los ridículos preceptos inculcados por vuestros imbéciles padres. (Sade, 1795, p. 3).

Referencias

- Foucault, M. (1998). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Madrid, España: Siglo Veintiuno Editores. Recuperado de <http://www.uruguaypiensa.org.uy/imgnoticias/681.pdf>
- Freud, S. (1972). *De Tres ensayos sobre teoría sexual*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Gamero, A. (2015). *El escarabajo de Wittgenstein y el lenguaje privado*. Recuperado de <http://lapiedradesisifo.com/2015/01/29/el-escarabajo-de-wittgenstein-y-el-lenguaje-privado/>
- López, A. (2012). Del tractatus lógico-philosophicus a las investigaciones filosóficas y la teoría de los juegos lingüísticos de Ludwig Wittgenstein. *Escritos*, 20(44), 121-135.
- Martínez, M. (2009). Seducción, disciplina y alteridad en chica fácil de Cristina Civale. *Filología lingüística*, 35(1), 39-51.
- Sade, M. (1795). *La filosofía en el tocador*. Recuperado de <https://letraslang.files.wordpress.com/2014/11/macc81rquez-de-sade-filosofia-en-el-tocador.pdf>
- Wentland, J. y Reissing, E. (2011). Taking casual sex not too casually: Exploring definitions of casual sexual relationships. *The Canadian Journal of Human Sexuality*, 20(3), 75-91.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Filosóficas